

ESTACIÓN  
CENTRAL  
ANTOLOGÍA

BIBLIOTECA DE CUENTO CONTEMPORÁNEO

Nº 13

# ESTACIÓN CENTRAL ANTOLOGÍA



*F*ICTICIA

MÉXICO  
2008

## ESTACIÓN CENTRAL. ANTOLOGÍA

D.R. © Los autores

D.R. © Fundación del Centro Histórico de la Ciudad de México, A.C.

D.R. © Ficticia S. de R.L. de C.V.

POR LA FUNDACIÓN DEL CENTRO HISTÓRICO DE LA CIUDAD DE MÉXICO

Dirección del Programa Cultural: Christiane Hajj

Dirección de Casa Vecina: Antonio Calera-Grobet

Coordinación de Investigación y Publicaciones: Erik Castillo y Luis Felipe Fabre

Comercialización: Julián Monroy Huerta

Colección: Libros de la Meseta

Regina esquina 1<sup>er</sup>. Callejón de Mesones. Centro Histórico. 06080. México, D.F.

[www.casavecina.com](http://www.casavecina.com)

5709 1117, 5709 1079 y 5709 2254

POR FICTICIA EDITORIAL:

Editor: Marcial Fernández

Diseño de la Biblioteca de Cuento Contemporáneo: Rodrigo Toledo Crow

Diseño de la obra: Armando Hatzacorsian

Formación de planas: Paulina Ugarte Chelén

Foto portada y cuidado de la obra: Mónica Villa

Consejero editorial: Raúl José Santos Bernard

Sierra Fría 220. Col. Lomas de Chapultepec. 11000. México, D.F.

[www.ficticia.com](http://www.ficticia.com), [librería@ficticia.com](mailto:librería@ficticia.com)

Ficticia Editorial es miembro fundador de la AEMI  
(Alianza de Editoriales Mexicanas Independientes)

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida en todo, ni en parte, por ningún medio, sin la previa autorización por escrito de los titulares de los derechos de autor.

Edición: 2008

ISBN 978-968-5382-68-7

Impreso y hecho en México

## PRESENTACIÓN

El Centro Histórico de la Ciudad de México es uno de los sitios más fascinantes del planeta. Contemporáneo y ruinoso, elegante y decadente, turístico y peligroso, todos los días se gestan en sus calles, hoteles, consultorios médicos, tiendas, parques y plazas públicas, antros, templos, gimnasios, cantinas y cafés, infinitas historias dignas del mejor de los cuentistas. Allí, en lo que el mito recuerda a un águila que devora a una serpiente, se han fundado muchas ciudades: Tenochtitlán, que sólo imaginarla hace pensar en una primera maravilla del mundo antiguo; la ciudad de los conquistadores, la Nueva España, la del México independiente, la del revolucionario, las de mediados del siglo pasado y la actual, todas con leyendas que trascienden su época, todas siendo una y una siendo todas, un lugar que es lo que fue, que es lo que será y que a cada instante cambia, se transforma y que, a diario, renace de su fuego, sacrificios, sangre y cenizas.

Con un poco más de nueve kilómetros cuadrados, con un poco menos de mil quinientos edificios considerados artísticos, el corazón de la ciudad más grande del mundo, pulmón de un país tan caótico como su capital, se presenta a propios y extraños como un ente vivo, fugaz y difícil de apresar. Por ello Casa Vecina. Espacio Cultural de la

Fundación del Centro Histórico de la Ciudad de México, A. C., en coedición con Ficticia Editorial, han salido de caza para, por medio de la ficción que supone el cuento clásico —que no es microrrelato pero se bebe de un sólo trago— atrapar siquiera un poco de la esencia de una zona que, tras sus fachadas o en sus fachadas mismas, esconde esa magia neblinosa que carga voces, ecos, aromas, atmósferas, despechos, pasiones y recuerdos de un tiempo que es todos los tiempos.

Tal cacería la hemos llamado *Estación Central*, pues el centro es, en su connotación móvil, un espacio en el que el tiempo no se detiene sino en la ficción, en la parada ficticia y eterna que plantea la creación literaria.

Así, hace algunos meses, abrimos un concurso para promover a escritores jóvenes interesados en el Centro Histórico como punto de partida de sus cuentos y, a la postre, se seleccionaron obras de Gibrán J. Cohen, Ángel Rodríguez y Hernán Sarquis. Invitamos a los noveles Juan Maya y Leonardo Sáinz. Y para dar cobijo a la nueva narrativa, Rosa Beltrán, Alejandro Estivill, Javier García-Galiano, Leo Mendoza, Luis Bernardo Pérez, Eusebio Ruvalcaba, Gonzalo Soltero y Arturo Trejo Villafuerte, aceptaron participar generosamente en este proyecto.

En *Estación Central* el viajero encontrará historias de amor, sexo y soledad; el mundo de las llamados “niños de la calle”; la presencia de extraterrestres que intentan comunicarse con los humanos por medio de grafitis; a un dentista que lee el futuro en las muelas de sus pacientes; el destino de tres sombreros que pertenecieron a Javier Solís; los fantasmas que pueblan ciertas iglesias; al hombre que debe disfrazarse de cocodrilo para ganar unos cuantos pesos; las victorias y caídas de un boxeador arriba y abajo del ring; las tentaciones que sufre aquel que decide emborra-

charse con la esposa de su mejor amigo; la calle en la que se practica lo que el lugar común señala “como el oficio más antiguo del mundo”; crímenes horrendos dignos de la más amarillista nota roja; el por qué existe una zona en la que sólo se venden vestidos de novia y una visión fresca de la Decena Trágica.

Trece obras que, dirían los clásicos, no tienen desperdicio. Trece obras que son un espejo del centro de la Ciudad de México. Trece piezas que logran un retrato fiel y contemporáneo de la memoria colectiva, de los mitos urbanos, de las felicidades y amarguras de la otrora “región más transparente”. Por último: trece voces que en su diversidad de temas, en la pluralidad de su conjunto y en la fuerza de su narrativa, son un termómetro y una panorámica de la cuentística en la capital del país.

Los editores

# ISLA EN EL LAGO

Rosa Beltrán\*

Entonces me daba por esperar ansiosa el futuro que fuera tras la puerta. Llegué al Centro y me encaminé sobre Madero como si lo hiciera por primera vez, extrañada de caminar mi ciudad con nuevos pasos, es decir, de ser benévola con esta tierra de nadie. No tenía obligaciones y esa única cualidad me evitaba tener que explicarme lo que hacía o exigirme algo tan absurdo como ser yo misma.

—Perdón, ¿está ocupado?

—Sí, estoy leyendo.

Podía ser transparente, no quedarme en las cosas, y como si eso accionara algún tipo de conjuro, la vida fluía sin tropiezos.

—Me refería al lugar, no a usted. ¿Está ocupado?  
—sonreí.

---

\*Nacida en la Ciudad de México, Rosa Beltrán es autora de tres novelas, tres libros de cuentos y uno de ensayos. Parte de su trabajo está traducido al inglés, italiano, francés, holandés y esloveno, y sus cuentos aparecen en antologías de España, Canadá y Estados Unidos, entre otros. Su microrelato “La fuerza del amor” está antologado en *El cuento jíbaro. Antología del microrrelato mexicano* (Ficticia Editorial / UV, 2006). Su más reciente obra publicada es la reedición de su novela *El paraíso que fuimos* (2008).

—No; no está ocupado.

Cada tramo del Centro, cada rostro, cada loza de mármol del metro rezumaba una forma especial de apasionamiento, la única con que yo quería explicarme el mundo. A mis veinte años pensaba mucho y mal, pero en cambio no estaba dispuesta a hacer nada que no sintiera.

Unas veces comía en algún café, otras, en cualquier lugar desde el que pudiera ver hacia la calle sin sentirme invadida. Sitios concurridos en los que sintiera diluirme con facilidad. No compartía el café, ni la conversación. Tampoco creía en el poder que otros suelen adjudicar a las palabras. Me sentaba a observar a los seres que acostumbraban abismarse en el placer de una telenovela sin sonido, o en los pormenores del fraude más comentado, y tras hartarme con todas esas imágenes abandonaba la mesa para sentir el rayo de luz en los ojos, avanzaba otro trecho frunciendo el entrecejo y entraba en el pasaje del hotel Del Prado o en algún comercio cercano. Me inventaba la necesidad de un paquete de algodón o un par de medias y, siempre sintiéndome un poco espiada, retomaba mi rumbo hacia ninguna parte. A veces podía comportarme con valentía: sostenía la mirada de un transeúnte o me atrevía a asomar a través de la ventana de algún departamento. Sólo cuando permanecía inmóvil comprendía que estaba sola.

La primera vez que vi a Andrés estaba sentado en el café, frente a mí. Su altura lo hacía estar más allá de todo. Estaba sentado con las piernas extendidas hacia la base de la mesa, los brazos cruzados esperando su turno. Así era él: parecía estar siempre en espera de una oportunidad para brillar y, no obstante, brillaba. Tenía un modo agradable de permanecer, simplemente, aun cuando semejara pasarse la vida en otro lugar, y eso era suficiente para hacer de algunas partes



de su cuerpo algo bello, sin que él lo supiera, las manos, por ejemplo; era hermoso verlas reposar, no haciendo nada, ajenas a su propia belleza.

Sentada a distancia, yo veía la manera orgullosa que esas manos tenían de separarse del cuerpo y descansar sobre la mesa o sobre sí mismas. Eran unas manos capaces de hacer sentir las caricias más convencionales, pensé, y sin embargo, esa forma que tenían de estar cuando eran independientes, las volvía ejemplares. Seguramente eran un par de manos capaces de tocar con suavidad, pero como yo estaba harta de toda esa técnica, de tener que contar una vez más esa historia que había confeccionado a modo de carta de presentación, la mía, hecha más de deseos que de verdaderos recuerdos, sin mirar un ápice la bragueta de este hombre sentado en el café frente a mi mesa, me acerqué a pedirle la silla que no estaba ocupando:

—Entonces, ¿puedo tomarla? —mis manos sostenían la silla por el respaldo. Se llevó la mano a la boca y se entretuvo en mirarme; yo hubiera añadido cualquier otra cosa con tal de prolongar el momento elástico en que Andrés asentiría largamente, mucho antes de ocupar, primero la silla y, poco después, parte de mi vida.

Había venido a escribir, dijo. Sobre la mesa había un libro abierto en una página maltratada por el uso. Como quien no quiere la cosa, empecé a mirar el libro de Andrés, con la intención de entrar en su vida, así fuera por una puerta muy angosta. Su mano reposaba sobre el margen derecho, a la expectativa. Quería hacerme presente a toda costa, pero mi cabeza se había vaciado, la atención fija en las nervaduras de esa mano, como si quisiera atravesar su superficie y encontrar no sé qué secreto que se ocultaba en ella.

Oh dioses, oh Venus, oh Mercurio, patrón de los granujas  
en la ocasión propicia concededme, os lo ruego,  
una tabaquería no muy grande.

Así, sin reparar en el hecho mismo, como cuando el estu-  
por hace que nuestra atención se prenda del primer objeto  
que tenemos delante, yo empecé a leer los versos de ese poe-  
ma escrito en el libro. Era un acto inútil: lo único que hoy  
recuerdo y que queda de todo aquel sentimiento es, inex-  
plicablemente, el objeto y no la causa de aquel estupor.  
Éste y el poema quedaron impregnados para siempre; dos  
hermanos. No así la razón de mi necesidad de sujetarme a  
un hombre que amaba a Pound, decía, ese gran farsante.

Con envases brillantes y menudos  
apilados en orden sobre los anaqueles  
y las pendientes piezas olorosas de tabaco prensado  
y en tiras  
y el lustroso Virginia  
puesto debajo del cristal pulido,  
y un par de escalas sin excesiva mugre  
y las putillas que de paso llegan a cambiar dos palabras  
una frase de prisa, y a componerse un poco el pelo.

Él vino a leer por enésima vez el acto ritual de su poesía.  
Yo, en cambio, no era una persona culta. Mis largos paseos  
constituían mi única riqueza espiritual, por así decirlo, por-  
que mis conocimientos rara vez tenían una relación con  
las ideas de alguien que no fuera yo misma. Sin embargo,  
cuando reparé en el significado de esas líneas tantas veces  
repetidas por una suerte de memoria mecánica, cuando  
pude construir la escena completa, Andrés recitando lar-  
gos párrafos, asegurando de tanto en tanto que eran lo

mejor que se había pensado jamás, yo misma me asombraba de la facilidad con que se puede olvidar lo que uno piensa y adoptar las ideas del otro. Yo era otra. No había escrito media línea y, sin embargo, el impulso que me había llevado a comprender si no el poema, al menos una parte del mundo de Andrés, era el mismo del autor de esas líneas y sólo por eso yo me había vuelto parte de ese autor. Era un grupo de frases que bien podía no tener ningún sentido: un poeta pidiendo a Mercurio, dios del comercio, que lo volviera tendero, que le prestara una tabaquería no muy grande para ver a las putas componerse el pelo o a los hombres acercarse a comprar tabaco. Finalmente pedía que lo establecieran en otra profesión cualquiera, salvo en su maldito oficio de escritor.

Yo no entendía cómo una persona puede pasarse la vida haciendo algo que le disgusta sin poder retirarse de eso que detesta, pero no dije nada porque sentía un gran placer de oír todo eso dicho por alguien que me gustaba tanto.

Mientras conversábamos, la tarde iba poniéndose de nuestro lado: una suave penumbra iluminaba los objetos, invitándonos a mirar las cosas de un modo distinto. Andrés me habló de lo absurdo que le parecía su vida, la mía y la de todos; hablaba, hablaba dulcemente. Detrás de su amabilidad había un odio secreto que disimulaba en las minucias de su gentileza cuando se dirigía, igual que un maestro a un alumno, a mi persona. Así, yo era inferior, pero él me trataba como un igual: era una piadosa manera de hacerme sentir feliz. Hablaba y hablaba, digo, quería ganar tiempo, su atención puesta en cualquier otra cosa menos en mi persona, hasta que comencé a hurgar en mi bolsa, buscando el dinero de la cuenta. Andrés me miraba de reojo. Conté, dentro de la bolsa, los billetes que había recibido en pago por mis ventas y él llamó a la mesera. Cerró

# CONTENIDO

ISLA EN EL LAGO Rosa Beltrán .....	11
QUE Gibrán J. Cohen .....	23
GRAFITI Alejandro Estivill .....	33
EL MISTERIO DE LA DENTADURA POSTIZA Javier García-Galiano .....	47
NI FARRA NI VIEJA NI SOMBREROS DE CHARRO JUAN MAYA .....	53
EL RELICARIO Leo Mendoza .....	61
SE VA EL CAIMÁN Luis Bernardo Pérez .....	71
<i>FORTY GRANDS</i> Angel Rodríguez .....	75
UN CÓMPLICE A PRUEBA DE FUEGO Eusebio Ruvalcaba .....	87
LA CALLE DE LAS DECENTES Leonardo Sáinz .....	95
EL CAFÉ EXCELENZA Hernán Sarquis .....	101
CALLE PARA SIEMPRE Gonzalo Soltero .....	113
ERA YO UN MOZUELO... Arturo Trejo Villafuerte .....	117

«ESTACIÓN CENTRAL. ANTOLOGÍA»  
SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN 2008 EN LOS  
TALLERES DE IMPRESOS VACHA, S.A. DE C.V.  
JUAN HERNÁNDEZ Y DÁVALOS No. 47, COL. ALGARÍN,  
DELEG. CUAUHTÉMOC, C.P. 06880. MÉXICO, D.F.  
SE TIRARON 1000 EJEMPLARES